

mas vivo por este alimento invisible, y que yo cifre toda mi desgracia en verme privado de él por causa de mis pecados ! ; Qué dichosas son las almas que pueden alimentarse todos los dias con este pan de los Angeles ! Si un santo respeto, si una justa desconfianza, si un temor saludable á la vista de mis culpas detiene mis pasos, y me impide algunas veces llegar hasta el Santuario, haced, Dios mio, que desaparezcan todos estos motivos ; que mis deseos no se entorpezcan y resfrien ; que las dilaciones mismas aumenten mi amor ; que la privación haga mi fe mas viva, y mi vigilancia mas fiel, y que haga consistir todo mi ardor en deseos, mi felicidad en recibirlos, mi alegría en conservarlos dentro de mi corazón, y mi gloria en poseerlos por los siglos de los siglos. Así sea.

## INSTRUCCION

SOBRE

## LAS PALABRAS

*DOMINE, NON SUM DIGNUS.*

PSALMO CXIII.

VERS. I.

*No á nosotros, Señor, no á nosotros :  
sino á tu nombre da la gloria.*

QUANTO mas se acerca el momento destinado para la consumación del Sacrificio, tanto mas deben penetrarse los Cristianos de los sentimientos contenidos en estas palabras : *Jesu-Cristo*

*se ha inmolidado por nosotros.* Se acerca el instante en que ha de probar á todos los que se presentan delante de sus Altares, que les ha preparado este sagrado banquete, y que hace de nuevo sus delicias, no solo conversando con ellos, sino viviendo para ellos, y dándose todo entero. Pero ¿quién es el hombre, podemos preguntarle con el Profeta, quién es el hombre, Dios mio, para que le traxeses á tu memoria, y el Hijo del hombre para que te dignases visitarle? El hombre, dice San Bernardo, no es mas que polvo y ceniza: por todas partes se ve rodeado de la corrupcion y de la miseria; y quanto mas le deis á entender por vuestra Iglesia que venis para él, y que os dais á él, tanto mas exclamará con el Profeta, diciendo: *No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre da la gloria.* ¿No es este en efecto el espíritu y el sentido de la oracion que vamos á explicar: *Señor, no soy digno de que entres en mi morada?* La Iglesia, hermanos míos, quiere que no perdamos de vista que todo es indulgencia y misericordia de parte de Jesu-Cristo, y que todo es

indignidad y baxeza de parte del Cristiano, el qual á proporcion que conoce su miseria, se acerca mas á las disposiciones que exige este Sacramento; penetrémonos, pues, de estas disposiciones, prestando una atencion seria, á estas pocas palabras, las quales desde que han sido consagradas por los elogios que las ha dado Jesu-Cristo, podemos considerarlas como adoptadas por una institucion divina.

Los fieles desde los primeros siglos de la Iglesia han hecho uso de estas palabras; y aunque no estuviesen aun comprendidas en la Liturgia, los primeros Pastores, segun los testimonios de Orígenes y de San Juan Crisóstomo, pusieron atencion particular en exhortarlos á decirlas con los verdaderos sentimientos que inspiran ántes de acercarse á la mesa del Señor. No creo que sea necesario referiros que estas expresiones humildes penetraron sensiblemente á Jesu-Cristo, quando affligido el Centurion por la enfermedad de su siervo, vino á solicitar la curacion; que este hombre recibió la recompensa de su fe en el instante mis-

mo de su oracion; y que esta fe, segun el testimonio de nuestro Divino Salvador, fué mas excelente á sus ojos que la de los mas ilustrados y religiosos del pueblo de Israel; pero ya que pase todas estas cosas en silencio, me parece muy conveniente haceros notar la circunstancia en que tuviéron tanta eficacia estas palabras, y compararla ó acercarla á la en que la Iglesia las emplea. Allí habla un Centurion, que hubiera sido extrangero para Jesu-Cristo, si no hubiera venido este Señor á buscar á todos los que estaban mas distantes de su reyno; aquí hablan unos Cristianos llamados á la fe, purificados por la gracia, y convidados por el órgano de sus Ministros. Allí se presenta un hombre, cuyo estado y exercicio no parece compatible con el reecogimiento, la instruccion y la piedad; y aqui se presentan unos fieles instruidos en la esencia del misterio de que van á participar, preparados para esta Comunión con saludables y reiteradas advertencias, con disposiciones convenientes, y con oraciones dictadas por el Espíritu Santo, ó dirigidas por la Iglesia. Allí solicita un Señor la cu-

ración de su siervo, estimulado solo de un sentimiento de humanidad, con aquella solitud que manifestaria un padre por un hijo único reducido al estado mas deplorable; y aquí imploran la salud y la vida de su alma unos Cristianos atraídos por sus necesidades personales, y poseídos de enfermedades inveteradas y peligrosas. ¿En dónde pensais, hermanos míos, que segun este paralelo se encontrará la energía de las palabras y la viveza de los sentimientos? ¿No seria de temer, si pudiesemos llevar mas adelante esta comparacion, que nuestra poca fe, en oposicion con la fe activa del Centurion, nos echase en cara que despues de tantos motivos para creer y esperar abandonabamos á Jesu-Cristo en los males que nos affigen, y solicitabamos unos consuelos humanos de suyo impotentes? ¿No temeríamos que este Señor preconizase la fe de este extrangero, y que detestase la tibieza de la nuestra? ¡Ah, cuán afrentoso seria para nosotros este cargo en un instante en que puede exercitarse la fe tan utilmente! Digamos pues de todo corazon: *Señor, no soy digno.* A qualquiera parte que

vuelva mis ojos solo veo testimonio de mi baxeza. Si los convierto á mí mismo, encuentro que he despreciado vuestras inspiraciones, que he desconocido las obligaciones cristianas, y que estoy lleno de innumerables pecados sin contriccion, sin expiacion y sin penitencia. Yo sé que por un efecto de vuestra gracia estos pecados por enormes que sean no privan á mi alma de vuestra justicia y de vuestro amor; y éste quizá es el motivo que la mantiene en un desfallecimiento habitual. Yo sé que no me excludis por estas faltas de la participacion de vuestro cuerpo adorable; pero quanto mas se exercita vuestra indulgencia y misericordia para sacarme de mis miserias, tanto mas me siento agoviado con el peso de ellas y el conocimiento de mi baxeza. ¿Podré por ventura excitar mi confianza comparando lo que soy y lo que sois? Pero, Señor, no me atrevo ni aun á levantar mis ojos para miraros. Estoy muy distante de sondear la extension de vuestra grandeza y la medida de vuestro poder. Yo sé por el órgano de vuestra Iglesia que sois en este Sacramento, como en los

dias de vuestra vida mortal, verdadero Dios y verdadero hombre; y estas dos qualidades son para mí motivos poderosos de un temor justo y santo: apartaos de mí, os diria con vuestro Apóstol, porque no veo á mi alrededor otra cosa que miseria y pecado, y no soy digno ni aun de una mirada vuestra. Pero qué, ¿yo voy á recibir á todo un Dios, á quien le viene corta la inmensidad de los cielos, un Dios, para quien este basto universo es el escabelo de sus pies, un Dios, á quien los millones de Angeles que rodean su trono, no hacen todavía una corte digna de su Magestad suprema, un Dios á quien la multitud innumerable de Santos que habitan su gloria, no le dan cantándole mil alabanzas una adoracion proporcionada á su grandeza! Qué ¿yo voy á recibir al Dios terrible, al Dios de los exércitos, al Dios que ha formado los montes, y allanado los valles, que quando quiere envia las tempestades y mueve los huracanes, y despide el rayo sobre los entes miserables que insultan su divinidad! Qué ¿he de recibir á un Dios que me llama, que me previene, que es el santo y el justo por excelencia, al

Dios zeloso que aborrece al impío, que detesta la iniquidad, que persigue las prevaricaciones de los padres hasta las generaciones mas remotas de sus hijos, y que debe juzgar la virtud con tanta exactitud, como la injusticia misma! ¿Quién soy yo para que me atreva á recibir un Dios tan grande? ¡Ah! penetrado de motivos tan poderosos exclamaré á los pies de vuestros altares, diciendo: Señor, sois verdaderamente un Dios oculto; pero á pesar del velo que os encubre á los ojos carnales, los ojos de mi fe penetran este misterio, y me obligan á deciros: *Señor, no soy digno de que entreis en mi morada.*

Sé muy bien que la idea que me da esta misma fe de vuestra humanidad, es muy propia para calmar mis temores, y que por un exceso de amor y de conmiseracion habeis escogido estos débiles símbolos para venir á mí; pero el mas santo de los hijos de los hombres, el que no ha conocido del pecado sino la pena sin contraer la mancha; se dignará descender á un corazón, á quien la triste condicion de su naturaleza hace como natural é indispen-

sable el pecado, y que á pesar de la vigilancia mas exacta y del dolor mas sincero, queda siempre deudor á la Divina Justicia de la muchedumbre de sus crímenes? El mas dulce y paciente de los hijos de los hombres; podrá sobrellevar las quejas indiscretas y amargas que le doy en la adversidad, la secreta envidia que tengo á la felicidad del próximo, la ira, el odio y el resentimiento de que abunda mi corazón, el olvido, la ingratitud y el desprecio que muestro á mis hermanos? El hombre de dolor; podrá tolerar mi extrema sensibilidad en los males corporales, mi delicadeza ingeniosa para procurar á mi cuerpo el alivio, la comodidad y el descanso? El hombre de oracion, el intercesor perpetuo como le llama el grande Apóstol, ¿sufrirá mi tibieza, mi disgusto, la repugnancia y la poca atencion con que asisto al santo Sacrificio, y la languidez y el desmayo con que le pido el remedio de mis males? Este hombre misericordioso, que jamas fué insensible á las necesidades, ¿no se ofenderá de mi indiferencia á vista de las desgracias de mis semejantes, de mi lentitud para socor-

rerlas, de mi falsa prudencia para economizar á pretexto de necesidades imaginarias, los fondos que pudieran servir para remedio de tantos miserables, ó de mi cruel prodigalidad, para emplear en el fausto, en la conveniencia, en los placeres unos bienes sobre los quales tienen un verdadero derecho? ¿No seré culpable de algunas de estas injusticias? Aunque las haya confesado con sinceridad y detestado con dolor, y expiado con las buenas obras ¿no reside en el fondo de mi corazon una secreta disposicion para ellas? ¿Ah! baxo qualquier punto de vista que yo miro á este Dios hecho hombre, deberé exclamar diciendo: *Señor, no soy digno de que entres en mi morada.*

¿Pero qué me falta para poder asegurarme? ¿No tengo á la vista el exemplo de mis hermanos, que siendo de la misma naturaleza que yo, y estando expuestos á caer en las mismas flaquezas, se acercan llenos de confianza al Dios tres veces santo? En efecto yo veo rodeado el Altar de justos responsables como yo por sus miserias habituales á la Divina Justicia, y de pecadores que en otro tiempo eran el escándalo de los

Cristianos, y que son hoy el objeto de su consuelo y de su alegría. Iré, y me confundiré entre esa multitud de hijos fieles ó reconciliados, y quizá podré ocultarme de los ojos penetrantes del Señor que sondea los corazones; ¿pero quién soy yo para compararme con mis hermanos en la fe? ¿He conservado por ventura la inocencia como ellos? ¿He mantenido limpia mi túnica á los ojos del Cordero sin mancha? ¿No ha padecido alguna cosa su blancura con algunas faltas ligeras que ha purificado la sangre del Cordero casi tan pronto como han sido cometidas? Si mi conciencia me obliga á colocarme entre los pecadores reformados ¿en dónde estan mis lágrimas? ¿En dónde las obras de penitencia? Aquí, en este Sacramento está el Pan de los Angeles, y yo tengo todos los defectos de la humanidad. Jesu-Cristo es el Pan de los fuertes, y soy el mas débil de los hombres; él es el trigo de los escogidos, y yo estoy en una incertidumbre mucho mas fundada que la del Apóstol, quando ignoraba si era digno de amor ó de odio. Quales pues son las ventajas que puedo prometerme comparándome á

los fieles que como yo se presentan delante del Altar: una conviccion mas cierta de mi bajeza, será todo el fruto de la comparacion. No, Señor, *no soy digno de que entres en mi morada*: quizá soy el ménos digno á vuestros ojos entre todos los que se preparan para recibirlos.

¿Pero deberé desalentarme á la vista de mi propia miseria? la participacion de este misterio de amor ¿será un motivo para que me dexé sorprehender de los temores? Quando la conciencia no me arguye de una falta voluntaria, quando aparto de mi vista todo lo que puede desagradaros ¿á dónde sino á vos iré á buscar la fuerza de que necesito para sostenerme en medio de tantos enemigos como me cercan? Yo me aplicaré pues á mí mismo la tierna invitacion que me habeis hecho diciéndome: venid á mí todos los que estais cargados y oprimidos baxo el peso de vuestra impotencia y os aliviaré. Sí, iré Dios mio, á encontraros, y si decis una sola palabra, mi alma será sana de todas sus enfermedades. Sí, una sola palabra de vuestra boca obra los mas grandes prodigios. Para crear este vaste

universo dixisteis una sola palabra: *húgase*, y todos los seres obedecieron al punto la voz de su Criador. Para reformar naturaleza humana que se habia degradado por el pecado de un solo hombre, dixisteis una palabra: *he aquí que vengo*, y vuestro Padre satisfecho de una obediencia tan pronta rompe desde luego la cédula que nos condenaba á morir eternamente. Para quedaros con nosotros hasta el fin de los siglos dixisteis una sola palabra: *Esto es mi cuerpo*, y de edad en edad se ha perpetuado por la eficacia de ella un misterio que colma nuestras almas de inefables consuelos, ¿qué otra cosa se necesita que vuestra palabra para purificar mi corazon de todas sus manchas? Decid, *se limpio*, y recobraré mi alma su inocencia. Decid, *quiero*, y mi alma será curada de todas sus heridas: decid, *vé*, y será quitada de mis ojos la venda que los cubre y oculta vuestra virtud. Decid, *levántate*, y mi alma saldrá del abatimiento en que la tiene puesta la idea de su debilidad. Una sola de estas palabras es bastante para obrar en mí una multitud de prodigios, y restituirme la salud mas

perfecta. ¡ Ah, no me admiro que vuestro Apóstol pensase solo ir á vos, como que teneis solo las palabras de vida eterna! ¡ Qué miserable fuera yo si las buscase en otra parte! En efecto he visto sobradas veces que las palabras de los hombres son vanas y engañosas, que su lengua es como una navaja de dos filos, y que los que presumen de mas sabios pueden compararse á los niños que balbucean. Hablad por tanto, Salvador mio, y callen todos delante de vuestra presencia. Hablad solo, y haced que nada me distraiga de la atencion que debo daros. Hablad, vuestro siervo os escucha, habladle el lenguaje de paz que prometisteis á vuestro pueblo. Decid á mi alma, yo soy tu salud, y se dispararán todos sus temores, y se curarán todas sus enfermedades.

En estas cortas expresiones teneis, mis hermanos, un medio por donde tomar algun conocimiento del sentido de las palabras que decís al acercaros á la mesa sagrada. La Iglesia, como que en ellas se compendian todas las oraciones antecedentes, ha dispuesto que se repitan hasta tres veces dándose tres gol-

pes de pecho. Quando se trata de pedir á Dios el socorro en las tentaciones, el Pan del alma y del cuerpo, el perdon de los pecados, y que nos libre de mal, es indispensable que haya entre los fieles una comunión de oraciones, donde exponiendo cada uno sus necesidades hable con el mismo fervor de las de sus hermanos, diciendo: dadnos, perdonadnos, libradnos; pero quando se trata de reconocer, de confesar y exponer á los ojos de Dios la propia bajeza, cada uno debe hacerse justicia, y no pensar sino en sí mismo, huyendo de esa ridícula afectacion en que por desgracia caen muchos, los quales teniéndose por muy piadosos y exáctos en el cumplimiento de sus obligaciones, juzgan y reprehenden á sus hermanos con demasiada temeridad é indiscrecion.

Procuremos por tanto meditar atentamente esta oracion, y digamos siempre al pie del Altar y en todas las circunstancias de nuestra vida: *Señor, no soy digno*: temamos que nuestra conciencia no desmienta estas palabras, y que acaso no se desaprueben por Jesu-Cristo, que no nos enseña sino la

humildad, ni nos muestra sino la humildad, ni preconiza sino la humildad; pero si con un conocimiento verdadero y fiel de lo que somos nos presentamos en el Altar, no temamos que Dios nos desconozca, porque este Señor solo ama á los humildes, y corona á la humildad con una gloria eterna. Así sea,

INSTRUCCION

SOBRE

LA COMUNION.

EPISTOLA PRIMERA.

DE SAN PABLO A LOS CORINTHIOS.  
cap. 10. v. 16.

*El Cáliz de bendicion, al qual bendecimos, ¿no es la Comunión de la Sangre de Cristo? y el Pan que partimos ¿no es la participacion del Cuerpo del Señor?*

HE aquí la idea que daba el Apóstol, San Pablo del Sacrificio de Jesu-Cristo á los primeros Cristianos, la qual es conforme en todo con